

Editorial

La ética médica del “fotomatón”

La vigente Ley General de Sanidad no admite dudas. La Medicina se ejercerá según el principio de la Autonomía, abandonando por viejo el clásico principio de Beneficencia.

Beneficencia y Autonomía son maneras de ver la relación médico-enfermo, dos maneras contrapuestas de ejercer la Medicina. La Beneficencia persigue el bien del enfermo siempre. En ocasiones -y ya es paradoja- en contra de su propia voluntad, y eso la tilda de paternalista. La Autonomía por el contrario, observa la enfermedad desde la óptica del enfermo y es él quien decide si quiere curarse o no. Quien elige un determinado tratamiento y quien a la postre da su consentimiento para que se ejerza el arte. Lo de *todo para el enfermo pero sin el enfermo* es un estigma dieciochesco. El principio de Autonomía supone que el enfermo es mayor de edad; tiene y debe decidir por sí mismo y por tanto los médicos y sus técnicas serán meros instrumentos siempre a su servicio. Nunca impuestos.

Va un ejemplo: El cirujano abre un abdomen con el diagnóstico de apendicitis y se encuentra además un cáncer de colon. Extirpa el apéndice y también el carcinoma. Le instaura un ano contra natura. Todo ello lo hace sin consultar -obviamente- al enfermo que creía iba ser operado únicamente de su apéndice. El cirujano ha obrado según el principio de Beneficencia pues su actuación ha sido coherente con lo que la ética y la clínica demandaba. Sin embargo el paciente, al despertar de la anestesia, se querella contra el cirujano por haber tomado la decisión de extirparle

el cáncer. Para este enfermo -y este es el fundamento legal- es preferible la muerte a ir para siempre arrastrando una colostomía que merma su calidad de vida. El enfermo invoca el principio de Autonomía, el principio de decidir sobre su propia salud. La querella llega al juzgado. Faltaba el *consentimiento informado*. ¡Grave error! Y el asunto se resuelve, invariablemente y millonariamente a favor del paciente en aplicación de la Ley General de Sanidad. El cirujano es condenado y el colectivo médico se rasga las vestiduras.

Ciertamente los cimientos hipocráticos tiemblan. También tiembla la deontología y la misma ética. Y no es para menos. Durante años, décadas, siglos y milenios el médico ha luchado contra la muerte y la enfermedad con un sentido paternalista, buscando siempre el bien del enfermo, procurando conservar su vida según lo que su conciencia le dictara. Ahora no. Ahora, ese novedoso principio de autonomía, esa “medicina a la carta”, sumerge en un tenebroso mar de contradicciones a los más abnegados, a los más vocacionales y a los que ejercen la Medicina con la mística del sacerdocio. Que aún son bastantes.

La Medicina actual discurre por los senderos de la tecnología porque la tecnología explora, diagnostica y cura con unos índices mucho mejores que la medicina humanística tradicional. Y es que detrás de aquel humanismo se escondía la impotencia, y en ocasiones - y eso era peor - la incompetencia, que se maquillaba con el afeite de la afabilidad. “...Don Fabián poca cosa sabía, pero ¡era tan humano!...” Actualmente y desde pequeños, los médicos (o sea desde que se termina la carrera) dan poco pábulo a latines y retóricas. Los exámenes son tipo test, donde no vale enrollarse para dar el pego. Son respuestas contrastadas por estadísticas fiables que, estoy seguro, no superarían mis mejores maestros. Después, durante el aprendizaje práctico, es la técnica elevada al cubo lo que domina

la moderna enseñanza. Las ciencias matemáticas irrumpen con prevalencia en forma de estadística clínica siempre a caballo entre lo útil y lo inútil. La técnica, en fin, es tan extraordinaria que se hace indispensable. Las maniobras de Leopold, por ejemplo, tema de examen práctico en aquellas entrañables cátedras Obstétricas de pelvómetro y trompetilla, resultan anecdóticas. Lo que priva es una ecografía de alta definición. Y la percusión, la palpación y la auscultación a oreja desnuda, son simples complementos en todo caso evitables. El enfermo está cada vez más alejado *físicamente* del médico, y eso comporta un alejamiento espiritual. Pero poco importa si el mal se cura.

Por ley, el enfermo ya es mayor de edad y las figuras paternalistas se consideran humillantes. Abajo el paternalismo y usted cúreme esa gripe que es su obligación. ¡Ah! Y no quiero cápsulas sino supositorios y el miércoles sin falta salgo de viaje. Así que a ver...

Y cuando esta Medicina Autonomista y a *la carta* fracasa, es que los medios fallan. Y el médico es ahora un medio. Un medio que ha fallado y al que se exigen

responsabilidades por su mala praxis, por su negligencia y hasta alguien lo acusará de falta de humanidad. Pero claro, eso de acusar de falta de humanidad a esas alturas, ya es morro.

Nuestros principios morales han cambiado en una sola generación. La Medicina defensiva se impone sobre la Medicina Vocacional, y mientras ganamos combates al dolor y a la enfermedad, retrocedemos en lo humano y en lo humanístico. Pero éste es el signo de los tiempos. Apenas, por otra parte, quedan ya fotógrafos de los que te componían, te enfocaban y buscaban el lado bonito de tu cara. Ahora no. Ahora las fotografías las hace una cámara automática, un "fotomatón", y por unas pocas monedas tienes cuatro fotos técnicamente buenas y artísticamente malas. Puedes salir como tu quieras y ese es el quid. Riendo, llorando, haciendo muecas, etc. Son fotografías a la carta como la Medicina actual. Sin embargo es muy práctico y te las admiten en todo lo oficial.

Pero son fotografías de "fotomatón".

Y el médico actual va camino de ser eso: un trasunto de "fotomarón".

¡Vaya!